



LA FÓRMULA

Álvaro Pérez Capiello

LA FÓRMULA



Primera edición: octubre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Álvaro Pérez Capiello

ISBN: 979-13-87909-22-2

ISBN digital: 979-13-87909-23-9

Depósito legal: M-21376-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi abuelo Álvaro Pérez Luciani,
ingeniero, profesor universitario y gran venezolano.*

*A mi amigo Ramón Eduardo Tello,
empresario y amante de la cultura.*

I

Los barcos de la Marina china comenzaban a retirarse de las aguas del estrecho de Formosa, al tiempo que una columna de humo partía en dos el cielo de la península de Crimea. Algunos internacionalistas achacaban las explosiones a separatistas ucranianos, mientras que las fuerzas de ocupación rusas solo señalaban un incidente donde estuvieron involucrados un par de aviones de combate. ¡Quién lo diría! Después de tantas cumbres, el mundo andaba en pañales en materia de derechos humanos. Dereck Anderson se estiró en el sofá, lanzó una mirada a la mesita de centro, donde reposaba un tobo de cotufas, observó la hora esculpida en la pantalla de su teléfono y, tras acabar su café, se concentró en el control remoto del televisor. Un verano muy caluroso había causado estragos en las cosechas en buena parte de Europa y Norteamérica, anticipando la recogida de las uvas blancas, y poniendo en jaque a los agricultores de las plantas de girasol y otras oleaginosas. Sin duda, el cambio climático se hacía sentir en todo el planeta. Conforme la yema de su pulgar oprimía los botones del mando electrónico, Dereck lamentaba la muerte de Olivia Newton-John. Recordaba su papel protagónico en un filme de culto, *Grease (Vaselina)*, al lado de John Travolta. No era raro, pues, que sus pies comenzaran a carraspear el suelo al ensayar las notas del tema original de la película. Resultaba, desde todo punto de vista, imposible no dejarse llevar por aquella evocación.

Al final, obstinado en revisar el menú de canales, terminó conquistado por un largometraje de vaqueros. Sería ese filme del le-

jano Oeste americano o un capítulo del *Dr. House* o de *La Ley y el Orden*. Estiró su brazo derecho, agarró un puñado de palomitas de maíz y recibió el acostumbrado beso de buenas noches de su hija Elisa. ¡Cuánto había crecido! El mes pasado cumplió doce años, y su larga cabellera rubia le llegaba casi hasta la cintura. En algunos años tendría que lidiar con el tema de los novios y, en un abrir y cerrar de ojos, se mudaría lejos de casa. La vida es así. Resulta inútil cuestionar ciertas cosas.

Tal vez, elegiría seguir los pasos de su padre, decantándose por el M. I. T. (Instituto Tecnológico de Massachusetts), aunque su inclinación por la ciencia resultaba cuestionable. A esas edades, los cambios están a las órdenes del día. Mientras los disparos no se ahorran en las escenas de aquellos pueblos de Arizona durante la llamada «Fiebre del Oro», y los indios cabalgaban en medio de la polvareda para ganarles la partida a los blancos, la fantasía de Hollywood lograba cautivar al espectador con los duelos a muerte y las peleas en las tabernas que, como era de suponerse, tomaban asiento en algún amor no correspondido.

Los sonidos del televisor guiaron a Dereck a transitar los episodios felices de su vida, poniendo de relieve aquella vieja máxima que reza: «Cualquiera tiempo pasado fue mejor». Nació en Caracas, en 1972. Su padre, oriundo de un pueblo de Nueva Inglaterra, en la costa atlántica de los Estados Unidos, creció y se educó en Boston, en el seno de una familia conservadora. Estudió ingeniería y entró a formar parte de la plantilla de la Creole Petroleum Corporation. Las potencialidades de Venezuela en materia de hidrocarburos, de cara a una democracia que iba echando raíces en esa otrora tierra de caudillos y guerras intestinas, permitieron el florecimiento de una industria fuerte, tras la estampa de una nación rica que, poco a poco, se deslastraba de su pasado colonial y del oscurantismo de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Se construyeron puertos, carreteras, puentes, universidades, y las ciudades gozaron de acueductos y redes más eficientes de alumbrado público. El país cambió, y dio pasos firmes para ganarse un sitio entre las naciones desarrolladas

del globo, mejorando los indicadores de salud, escolarización, ingreso per cápita, acceso a la vivienda, etcétera.

Dereck Padre llegó con su esposa Linda, una belleza sureña, al aeropuerto internacional de Maiquetía durante la primavera de 1969. Gobernaba en Venezuela Rafael Caldera, un presidente que apostaría por la industrialización del país. Se radicaron en una casa de la avenida Mohedano de La Castellana que había pertenecido a un alto ejecutivo de la Panamerican. La construcción, de dos plantas, se levantaba sobre una parcela de unos mil metros cuadrados, que gozaba de un amplio jardín sembrado por algunos árboles frutales. Desde luego, resultaba demasiado grande para una pareja de recién casados, pero eso cambiaría pronto con el nacimiento de Dereck.

Aquellos tiempos se habían ido, y Venezuela era un capítulo antiguo en su libro de vida. Mientras se vaciaba aquel tobo de cotufas sobre la mesa, la noche comenzaba a enfriar. Su esposa Susan había traspasado el arco de entrada de la urbanización, y conducía por la calle principal hasta la bifurcación donde se hallaba la casa. Faltarían unos dos minutos para que aparcara el coche frente al naranjo que ambos habían plantado en una esquina de la propiedad. Como todos los viernes, se reunía con sus amigas a la salida del trabajo para compartir «cosas de mujeres», y revolver los aparadores de las tiendas del Dadeland Mall. En ello radicaba la clave de todo matrimonio feliz: dejarle a cada cual su espacio.

El pomo dorado de la puerta giró, y Susan apareció bajo el marco de madera sosteniendo tres bolsas con algunas piezas de ropa. Sin duda, había dado buena cuenta del nuevo límite concedido a su tarjeta de crédito. El sueño americano se alimentaba de los préstamos otorgados por las entidades financieras, hasta el punto de que perjudicar el crédito era algo casi tan grave como perder la vida.

—Amor —dijo apenas dar tres pasos en dirección al salón—. ¿Cómo estuvo tu día?

A Dereck, la pregunta le pareció una letanía. Algo que estaba acostumbrado a escuchar al menos cinco veces por semana.

—Bien, cariño. Todo lo excitante que puede resultar una jornada de ocho horas en una planta de alimentos concentrados —concluyó, al tiempo que se apoderaba del control remoto del televisor para poner fin a las acciones de aquel viejo *western*.

Susan depositó las bolsas en una poltrona y fue al encuentro de su esposo. Sabía que había llegado la hora de consentirle un rato. Ambos se dieron un beso y subieron las escaleras tomados de la mano. El pasillo que conectaba las habitaciones en el segundo piso lucía más largo y angosto que de costumbre para la joven pareja. Ambos tenían en mente una sola cosa, y la cama parecía ser el mejor lugar para llevarla a cabo.

Dereck dio una media vuelta sobre el colchón. Sus pies se enredaron entre las sábanas al tiempo que su torso desnudo le ganaba terreno a la almohada. Susan aún dormía, un fino hilo de saliva escapaba de la comisura de sus labios y humedecía el fino estampado floral del tendido de la cama. Como cada viernes, había estado magnífica... Un capullo de rosa que abría sus pétalos al viento en la mañana del sábado para llenar de vida a aquella casa de La Florida. Era un hecho que a Dereck le tocaría preparar el desayuno. Panqueques con jarabe de Maple, algo de queso, zumo de naranjas y un café bien potente. Su hija Elisa se marcharía de campamento en unas pocas horas y, al menos en el inicio del verano, la residencia Anderson les pertenecería al completo.

Sin perder tiempo, se estiró como lo haría un gato, y puso ambos pies sobre la alfombra intentando dar con sus pantuflas. En un tris, estaba ya en pie. Cubrió su desnudez con una bata de seda, preparándose para descontar los peldaños que lo separaban de la planta principal y de la cocina. En su periplo, tarareó una canción de Los Beatles, intentando forzar a la memoria lo más posible para recobrar las partes extraviadas de la letra. Se sentía relajado en aquel día claro. En el pequeño *pantry*, dispuso tres manteles indivi-

duales. Eso, antes de revolver los cacharros en las gavetas para pescar los sartenes y las espátulas que requería. La ventana de la cocina ofrecía una vista bastante aceptable del exterior, sobre todo de los jardines que antecedian a las casas de la margen opuesta de la calle. Como cada mañana, Samuel Jackson recorría con su bicicleta la urbanización y lanzaba los periódicos por encima de las vallas de madera tratándoles de atinar a los portales. El muchacho reunía las condiciones necesarias para ser un buen *pitcher*, aunque sus aspiraciones en la vida apuntaban en otra dirección. Tras residir en aquella casa por espacio de cinco años, Dereck había comprendido lo que representaba la rutina de morar en una comunidad tranquila al sur de los Estados Unidos; los mismos rostros, los mismos coches, el aroma de las tartas de manzana inundándolo todo, las barbacoas en los jardines, y los servicios religiosos de los domingos dirigidos por el pastor Andrew L. Jones. Nada hacía pensar que esto sería diferente.

En Venezuela, cada día representaba una nueva aventura... Sus estudios universitarios estuvieron signados por los paros escalonados de los profesores exigiendo mejoras salariales para ganarle terreno a la inflación desbordada. Él tuvo que lidiar con la quiebra de varias instituciones del sistema financiero, los controles de precios, la quema de cauchos en avenidas bloqueadas por protestas callejeras. Lo más insólito aún, peleó más de una vez por llenar el depósito de combustible de su Volkswagen, en un país petrolero. De cualquier forma, pensar en su tierra le arranca siempre una sonrisa, como si en su ADN estuviese la condición de ser un venezolano en el exilio.

II

Dereck posó su mano sobre la de Susan. En los ojos azules de su esposa se advertía un brillo especial, signo inconfundible de que los panqueques habían quedado perfectos. Un ejemplar del *Times* descansaba a un costado de los platos, continuaban los incendios en California por las elevadas temperaturas. El gobernador del estado había optado por proteger las centenarias secuoyas del parque nacional de Yosemite. Las llamas arrasaban todo a su paso, y no daban tregua. Elisa había arrastrado su maleta por las escaleras; usaba un *jeans*, una franela con los personajes de la última película de los estudios Disney, zapatos deportivos y una cadena dorada de la que pendía un corazón. Estaba lista para partir, por lo que solo esperaba la llegada de su prima Sofía y del resto de los campistas a bordo del autobús de la escuela.

Susan dio a su hija las últimas recomendaciones, y salió al porche de la casa apenas escuchar el sonido del motor del autobús, similar en todo sentido a una tos seca, apoderándose de las calles de la urbanización. Dereck ya había abrazado a su hija en el *pantry*, creía que los retoños debían gozar de cierta independencia para afrontar mejor los desafíos de los nuevos tiempos; empero, no dejaba de sentir un cierto frío en el estómago cada vez que «la niña de sus ojos» abandonaba el nido. Cinco minutos después, Susan retornaba sola a la cocina, cualquiera diría que una lágrima se había abierto camino desde su ojo derecho hasta la barbilla. ¡Qué va! Ella solo admitiría que se trataba de un error al aplicar el polvo facial sobre su rostro; en todo caso, la procesión iba por dentro.

La casa quedó en silencio, el marido y la mujer se miraron como si nunca se hubiesen visto, ninguno se atrevió a decir nada. Tras aquellos minutos de silencio que parecieron centenarios, Dereck llevó la voz cantante:

—Amor, ¿será que nos estamos volviendo viejos?

Susan esbozó una sonrisa, antes de admitir:

—Viejos y sentimentales. Recuerdo cuando salí de casa para mi primer campamento, llevaba un suéter rosa.

—Pensé que en esa época todo era blanco y negro, como en *El Halcón Maltés*.

—Recuerda que me llevas cuatro años y unos meses —reconoció Susan, con una mueca de disgusto.

—Es verdad, cariño —habló Dereck—. Nunca te he dicho lo linda que te ves cuando te enojas. ¡Eres irresistible!

Poco a poco, Susan fue relajando los músculos del rostro, posó su mano izquierda en la espalda de Dereck y deslizó sus sandalias sobre el suelo de la cocina. Como la mayoría de las mujeres, se tomaba muy en serio aquello de la edad y no dudaba en comprar las últimas cremas del mercado que retardaban el envejecimiento. Quería lucir radiante para su esposo, y las últimas palabras de Dereck demostraban que sus esfuerzos iban en la dirección correcta. El ingeniero cedió a sus impulsos y acercó sus labios a los de Susan. Las chispas salían despedidas en todas direcciones como ocurre con la hoja de acero de un cuchillo al entrar en contacto con una piedra de afilar. Había que admitirlo, los años transcurrían pero el sentimiento que los unía se mantenía intacto.

—¡Qué me dices si almorzamos unas hamburguesas para recordar nuestros días en la universidad!

—Eso se oyó como una cita —disparó Susan, apelando por cierta coquetería.

—Sí, señora Anderson, una cita que incluye una botella de espumante en nuestra habitación. Ahora que la casa nos pertenece, la imaginación es el límite.

Ambos rieron al igual que un par de universitarios ansiosos por devorarse el mundo. Como quiera que el día apenas estiraba las piernas, ganaron algo de tiempo concentrándose en los quehaceres domésticos. Cada quien fue a lo suyo; Dereck a sacar la basura y podar el césped, mientras que Susan dejaba escapar algunas burbujas del friegaplatos justo antes de frotar el estropajo por las piezas de la vajilla sumergidas en el agua jabonosa. La fantasía universitaria había quedado congelada, al menos hasta la hora del almuerzo...

Era un mediodía caluroso como cualquier otro cerca de la avenida Collins. La inconfundible estampa del hotel Fointanebleau Hilton sobresalía a manera de una gema preciosa sobre aquel enclave de La Florida. Ni una sola nube escindía el cielo hasta donde la vista podía abarcar. El restaurante de hamburguesas se hallaba en una esquina poco concurrida pasando el Yatch Club de Aventura, uno de los tantos condominios de lujo, con marina incluida, que pululaban en la zona de Miami Beach. Se trataba de un local espacioso, provisto de grandes vidrieras enfocadas hacia la calle, con mesas para dos y cuatro comensales. Ofrecían un menú variado que ponía especial cuidado en los ingredientes y la presentación de los platillos. Si bien la carne cocinada a la parrilla se erigía como la fortaleza del negocio, los veganos encontraban también ensaladas que resultaban un auténtico manjar. Dereck y Susan hicieron uso del *valet parking*, antes de ser conducidos a la única mesa disponible en la parte posterior del establecimiento, a unos cuarenta y cinco grados respecto de la barra de madera pulida del bar.

Susan lucía un vestido estampado y un juego de collar y aretes de perlas que había pertenecido a su difunta abuela. Dereck llevaba una cazadora de piel de ante, camisa a cuadros y un *jeans* con algunas rasgaduras impuestas por la moda de la colección primavera-verano de su diseñador favorito. El camarero dejó dos cartas sobre la mesa y quedó en volver para anotar la comanda.

—Hace tiempo que no salíamos a solas —admitió Susan revisando el listado de los cócteles.

—Tanto que se me olvidó la última vez. La vida es así, un día tras otro, un día después de otro.

Susan suspiró y, tras depositar la carta sobre la mesa, se decantó por un daiquirí de parchita. Dereck escogió para empezar una cerveza negra. La comida sería un capítulo aparte. Una ración de nachos con queso fundido y un par de hamburguesas con tocineta, jalapeños y tomates secos, bien valdrían los kilos de más seguidos por una rutina ampliada en el *gym*.

En un tris, una jarra de cristal y un vaso de cuello alto acompañaban a una fuente honda repleta de tortillas de maíz. El queso fundido fue el pretexto perfecto para que las manos se pusieran a trabajar. Sorbo a sorbo, las palabras fluían haciendo que la espera por las hamburguesas resultase soportable.

—Y, entonces..., John Wilder fue hasta Colombia en búsqueda de un fabuloso tesoro, que resultó estar oculto dentro de una figura ordinaria de porcelana detrás de una cascada —dijo Dereck Anderson para concluir el argumento del filme *En búsqueda de la esmeralda perdida*.

—Ja, ja, ja, cosas de películas, sin duda —rio Susan, convencida de que toda historia sobre tesoros enterrados no pasaba de ser una trampa cazabobos—. Ningún misterio ha sobrevivido a los satélites de comunicaciones que orbitan alrededor de la Tierra. Ya ni siquiera los fantasmas tienen donde esconderse.

Pese a su formación científica y a su trabajo en una planta de alimentos concentrados, Dereck Anderson era algo más soñador y aventurero que su mujer. De niño, se alimentó leyendo *La isla del tesoro*, de Robert L. Stevenson, *El escarabajo de oro* de Edgar Allan Poe, *Moby Dick* de Herman Melville y *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne, eso por citar algunos de los libros que componían su inmensa biblioteca infantil. Tal vez, de allí se derive esa pasión por descubrir el porqué de todo, algo que lo llevaría, años más tarde, a los laboratorios del M. I. T. Así las cosas, la puerta del restau-

te se sacudió con violencia. Desde su ubicación, Susan pudo ver una figura oscura que se tambaleaba a un costado de las primeras mesas, mientras recorría la espina dorsal de aquel establecimiento. Parecía un demonio salido de las mismísimas profundidades del infierno. Dos camareros lo seguían a una corta distancia urgiéndole a que se marchase. Para Dereck, se trataba quizá de un indigente que pretendía usar el baño o hacerse con algo para comer apelando por la caridad de los comensales. Era notable que en una zona exclusiva como esta, cercana a Bal Harbour y a condominios cuya unidad de vivienda superaba con creces el millón de dólares, se encontrasen con tanta frecuencia personas sin hogar, aunque, es cierto, para obtener una limosna hay que acudir a los lugares donde se concentra el dinero.

El hombre alcanzó la parte trasera del restaurante sin apenas encontrar oposición. Los camareros le pisaban los talones, pero a él eso poco le importaba. A un palmo de la mesa donde Dereck y Susan afinaban sus escogencias para almorzar, el extraño visitante apresuró el paso. Era un hombre delgado, de tez blanca y mirada profunda, cuyo rasgo particular, aparte de aquel prognatismo que caracterizó a los miembros más sobresalientes de los Habsburgo, se anclaba en las numerosas arrugas que surcaban transversalmente su rostro. A Dereck, algo en él le resultó familiar. Quizás, se trataba de un extraño juego de la mente, de esa capacidad de asociación con la cual los seres humanos relacionamos formas abstractas con elementos conocidos que nada tienen que ver con ellas. En una nube pueden aparecer conejos y espadas, tanto como en una hoja de un árbol de aguacates se hacen visibles las pinceladas más frescas de un atardecer de Monet. Dereck enfocó sus ojos en el tabique nasal de aquel hombre y, sin necesidad de elevar la mirada unos pocos centímetros hasta la frente coronada por un mechón blanco, reconoció de inmediato a su amigo Stewart Lowry.

—Stu —dijo Dereck, acortando el nombre de su antiguo compañero de cuarto en el M. I. T.—, ¿dónde te habías metido?

El hombre se detuvo, giró su rostro para tener una panorámica más completa de aquella pareja que ocupaba la última mesa del restaurante y exhaló con brusquedad el aire contenido en sus pulmones al igual que lo haría una vieja locomotora a vapor. Un brillo especial en sus pupilas hablaba de que él sabía con precisión de lo que Dereck hablaba...

—Stu, Stewart Lowry —insistió Dereck Anderson—, ¿acaso no me recuerdas? La estación Kendall de la línea roja del metro, Cambridge, me tropezaste, y casi me derribas, cuando leías aquel viejo poema de Dámaso Alonso.

—«Yo me senté en la orilla / quería preguntarte, preguntarme tu secreto; / convencerme de que los ríos resbalan hacia un anhelo y viven; / y que cada uno nace y muere distinto (lo mismo que a ti te llaman Carlos)...» —tomó la palabra el hombre, recitando de memoria un fragmento del poema titulado *A un río le llamaban Carlos*.

Tras ello, se hizo el silencio, como si ambos hombres contemplasen las aguas del río Charles desde el puente Longfellow que comunica Cambridge con Boston. Pensar que aquella estructura, de once arcos y cuatro torres, evoca sin sobresaltos a un salero y un pimentero, levantados sobre las corrientes que desaguan en el golfo de Maine y en el océano Atlántico.

—Señor, debe acompañarnos a la salida —intervino uno de los camareros que portaba un delantal blanco hasta la rodilla.

Dereck se levantó de la silla como si fuese impulsado por un resorte. Tartamudeando un poco, impidió que el tercero de los hombres sujetase a Stu por el brazo.

—Vi, vie, viene con nos, nosotros —pudo acabar finalmente la frase tomando un poco de aire—. Es un buen amigo.

Los camareros inclinaron sus cabezas al mismo tiempo intentando dar disculpas por el malentendido. ¡Habían confundido a un cliente con un indigente de la zona! En estos tiempos no se ahorran las excentricidades, y lo que hoy constituye una rareza acaba por no serlo al día siguiente. En un simple pestañeo, el personal del

establecimiento se había esfumado al igual que una nube de humo acaba por disiparse sobre un leño incandescente. Stewart abrazó a su amigo, y después se sentó al frente de Dereck y de Susan, contando con una visión privilegiada del ventanal que se abría hacia la calle.

—Stewart, te presento a mi esposa Susan —intervino Dereck, satisfaciendo así cualquier duda que en aquel momento pudiese estar rondando en la cabeza de Stu.

—Un placer, señora; Stewart Lowry. Debo decir que Dereck siempre ha sido un hombre con muy buen gusto.

Susan disfrutó del cumplido, si bien le era difícil amalgamar aquellas palabras refinadas con el aspecto del hombre que compartía su mesa. Sudoroso y maloliente, parecía haber dormido con la misma camisa por semanas. El resto de su ropa no resultaba diferente: un *jeans* con descosidos y arañazos, zapatos viejos de patente negro y un reloj de pulsera que a duras penas funcionaba.

—¿Así que usted y Dereck son amigos?

—Deja las formalidades, Susan, menos con el gran Stu, el príncipe de Maseeh Hall —Dereck se refería a la residencia rosada de estudiantes en el campus del M. I. T., cuyas cúpulas recordaban a un castillo europeo.

Esa vuelta al pasado le produjo a Stewart Lowry un lagrimeo acompañado de una cierta congestión nasal. De la estampa de aquel joven esbelto, de ondulada cabellera y buen porte, apenas si quedaba todavía algo. Los giros del destino lo habían conducido a ese estado lamentable donde el miedo y las carencias estaban a las órdenes del día.

III

Stu se limpió el sudor que corría por su frente. Por un instante, se mostró calmado, a pesar de que Susan no le quitaba la mirada de encima. Ella estaba dispuesta a descubrir lo que yacía detrás de aquel rostro cadavérico. Dereck lo invitó a almorzar, él simplemente dejó que los acontecimientos siguieran su rumbo... Agarró una de las cartas que yacía en una esquina de la mesa, y se decantó por una hamburguesa de pollo, con pepinillos, aros de cebolla y *coleslam*. En menos tiempo de lo esperado, aquel trío devoraba sus alimentos sin pausa, mientras se vaciaba la botella de ketchup que simulaba el pivote central de un carrusel de feria.

—Entonces, Stu, ¿qué fue de ti, tras culminar los estudios en el M. I. T.? Supongo no te habrán faltado ofertas de trabajo. Estabas en el cuadro de honor de la promoción —dijo Dereck, bebiendo un sorbo de su cerveza.

—Viajé hacia la costa del Pacífico y, ya sabes, me quedé a medio camino en Nuevo México. Acepté participar en algo del Gobierno. Era joven y estúpido, en aquellos días pensaba que podría cambiar el mundo. —Tras pronunciar estas palabras, Stu apartó la vista del plato, y se dejó conquistar por el cielorraso blanco horadado por algunas lámparas de cristal.

Lucía claro que la vida no había tratado con mano suave al otrora príncipe de Maseeh Hall. Cualquiera pudo pensar que su nombre engrosaría una larga lista de figuras notables de la escuela de ciencia del M. I. T., entre quienes se contaban James Mason Crafts, Arthur C. Cope o F. Albert Cotton. Apenas si Dereck podía reco-

nocer a su amigo en aquel ser descuidado y sudoroso que mordía el pan con semillas de ajonjolí de su hamburguesa. Del esbelto joven parado, con toga y birrete, a un costado de la escultura *Alquimista* de Jaume Plensa no quedaba ya más que un desleído recuerdo que luchaba con las lámparas del cielorraso blanco de un restaurante de Miami para no morir del todo.

—¿Te acuerdas de nuestros desayunos con tostadas a la francesa y *syrop* de Maple? Merecíamos eso y más tras sumergirnos en los adelantos tecnológicos para recombinar el ADN —rompió el silencio Dereck, intentando llevar a Stu a un terreno conocido.

En un tris, la palidez del rostro de Stu se acentuó dándole un aspecto casi marmóreo. Sus dedos dejaron caer lo que restaba de la hamburguesa sobre un montículo rosa de mayonesa y salsa de tomate. Para Susan resultó claro que los labios del amigo de Dereck se habían enrollado al igual que un tapete persa a punto de ser transportado. No había dudas, el viejo estudiante del M. I. T. ocultaba algo o, mejor dicho, callaba algo, como ocurre con los síntomas de una enfermedad en progreso. Si ello era así, tarde o temprano, el mal afloraría igual que un punzón termina por rasgar las fibras del saco de tela que lo resguarda.

—Cosas de la química, Dereck; en cualquier caso, siempre preferí un sándwich caprese.

Aquella respuesta, seca y cortante, traslucía un aditamento que Dereck no comprendía. Se preciaba de conocer bien a su amigo, no en balde compartieron un cuarto durante tantos años y bebieron jarras enteras de café antes de presentar los exámenes de química orgánica o de enfrentarse a las prácticas de laboratorio sin apenas haber cerrado los ojos la noche anterior. Stu jamás se hubiera expresado de una manera tan desenfadada de su profesión, y menos aún presumiese de su gusto por los emparedados *caprese* o rellenos de cualquier otra cosa. ¡Todo menos eso! Tal pareciese que el príncipe recelaba de su reino.

Stu había nacido en Cleveland (Ohio), una de las ciudades más importantes de la región de los Grandes Lagos. Su ubicación pri-

vilegiada, cerca de la desembocadura del río Cuyahoga, a las orillas del lago Erie, le permitió a este enclave convertirse en un importante polo comercial e industrial que atrajo a un gran número de inmigrantes. Hoy, a nadie le resultaba desapercibido el edificio diseñado por el arquitecto Leoh Ming Pei para rendir tributo a los artistas más influyentes del *rock and roll*, una construcción coronada por una pirámide de cristal de 49 metros de altura que fuera inaugurada el 1 de septiembre de 1995 con una fastuosa ceremonia a la que asistió la artista Yoko Ono, viuda de John Lennon.

El abuelo de Stu viajó desde Irlanda atraído por el crecimiento industrial de la ciudad, y se conoce que participó en 1899 en la huelga de tranvías de Cleveland que buscaba mejorar las condiciones salariales de los trabajadores. Antes de jubilarse, fue empleado de la Peerless Motor Car Company, una compañía fabricante de coches de lujo que funcionaba en el número 43 de Lisbon Street. La familia estaba muy orgullosa de sus raíces, y no era raro que el padre de Stu pasara algunos minutos en los almuerzos comentando anécdotas acerca del Green Dragon, que, con sus 35 caballos de potencia, quedó en tercer lugar en la primera carrera de veinticuatro horas disputada en Columbus.

Esta familia, que encajaría holgadamente bajo el calificativo de tradicional, tenía colocadas en Stu grandes expectativas. Sin alejarnos un solo milímetro de la senda de la verdad, Stu era guapo, dotado de una belleza física que, sin ser arrolladora, no le era indiferente a las damas casaderas. Reservado, la mayor parte de las veces en las que compartía con sus compañeros de la facultad, no ocultaba esos chispazos de una auténtica lucidez intelectual que traducen la posesión de dilatados conocimientos muy por encima de un hombre de su edad y extracción social. Ello no puede ser achacado con exclusividad al desarrollo de una agradable curiosidad científica, sino a una condición propia de los Lowry, característica bastante patente del abuelo Malcolm, y de un tío que hizo fortuna en la industria de los cereales en uno de los pueblos del Corn Belt cerca de Kansas.

En más de una ocasión, Stu le había platicado a Dereck acerca de sus intenciones de dedicarse por entero a la investigación, en lugar de engrosar la plantilla de una empresa farmacéutica vinculada al área agroindustrial. Sentía la necesidad imperiosa de legarle algo al mundo, casi masticando la misión de una empresa comercializadora de artefactos eléctricos con representación en prácticamente toda la geografía americana. «Mejorar la calidad de vida de las personas a través de la técnica» se convirtió en su razón para existir y, dado el temperamento de los Lowry, no sería raro que, llegado el tiempo, lo consiguiese. Bueno, estas son cosas que se dicen al amparo de dos o tres cervezas en un bar de Inman Square, en pleno centro de Cambridge, ciudad que alberga no solo al M. I. T., sino a la universidad de Harvard. Empero, «del dicho al hecho tocaba andar un largo trecho», como Stu lo había transitado.

—Otra cerveza, Stu, ¡por los viejos tiempos! —exclamó Dereck, a quien el alcohol había comenzado a surtirle sus efectos.

—Mejor pasemos al postre, este restaurante es bien conocido por su *cheese cake* (una torta de queso a la que no faltaba su tradicional cubierta de mermelada de arándanos) —intervino Susan, un poco contrariada por compartir su almuerzo en pareja con aquel desconocido.

Stewart estuvo de acuerdo, él no rechazaría aquella delicia dulce, aunque no se quedaría para el café. Debía seguir con su rutina de los sábados, ayudando a un amigo a lavar los coches aparcados cerca de la playa. Eso le permitía hacerse con algunos dólares para pagar el hostel donde se hospedaba en South Beach. El camarero retiró los platos y no tuvo que hacer ningún esfuerzo para convencer a aquellos comensales de las bondades de la torta de queso. Se enfiló rumbo a la cocina, mientras Stu se ausentaba para ir al baño. Dereck y Susan se quedaron al fin solos, y no desaprovecharon la ocasión para comentar el que era, sin dudas, un extraño encuentro que había dado al traste con sus planes románticos.

—El pobre Stu está acabado —susurró Dereck—. Se ve que la ha pasado mal. ¡Quién lo diría! Una de las cabezas más brillantes de la promoción.

—Amor, eres muy confiado. No le has visto en años, solo Dios sabe en qué se habrá metido. En el patio trasero de nuestra casa hay botes de desperdicios más limpios que su pantalón. Después del postre, huyamos gentilmente por la derecha y continuemos con los planes que habíamos pensado. Una botella de espumante nos espera en la habitación.

—Calla, Susan, calla —masculló Dereck, al advertir que Stu volvía del baño agitando un poco las manos para que se secaran.

—Entonces, todavía no han traído el postre —dijo Stu, justo antes de ocupar su sitio al frente del amplio ventanal.

Se le veía un poco más animado luego de aquel encuentro con el agua y el jabón de lavanda. Cualquiera diría que en sus palabras se advertía un ritmo casi musical.

—Actualmente, comparto una habitación en un hostel situado a dos minutos a pie de Lincoln Road. Como quiera que está frente a la playa, cama y trabajo distan unos pocos metros andando —reconoció Stu, al tiempo que rescataba de su billetera una pieza arrugada de cartulina con las señas del hostel para entregársela a Dereck—. Espero que me visiten algún día, tal vez podamos compartir un buen mojito en el negocio de Almelio Calderón.

La zona de South Beach se caracterizaba por los edificios bajos con sus fachadas pintadas de vivos colores. Las tiendas y los restaurantes le conferían la apariencia de un singular centro comercial al aire libre que era frecuentado por turistas e inmigrantes latinos. Una variopinta constelación de personas inundaba sus calles sembradas de palmeras e historias, siempre acariciadas por la brisa que soplaba del mar.

—En Albuquerque, conocí a Guadalupe y me casé —prosiguió Stu—. Por un tiempo vivimos en un rancho ganadero. Ella había cruzado el Río Grande a pie, corriendo el riesgo de ser deportada nuevamente a México. Gracias a los esfuerzos de una hermana, casada con un próspero empresario norteamericano, pudo obtener la residencia legal. Pienso que ambos estábamos predestinados a encontrarnos; éramos, si se quiere, «almas gemelas».

En este momento, Stu hizo una pausa, justo el tiempo necesario para que el camarero colocase los postres sobre el tablón de la mesa.

—Supongo que Guadalupe y tú ya no están juntos —habló Dereck dejando que la cucharilla de acero mordiese la cubierta de la torta.

Susan miró a su esposo directo a los ojos, como queriéndole reprochar aquellas palabras que horadaban un terreno tan personal, pero, muy en el fondo, ella también se preguntaba por dónde habría ido aquella historia.

—Por un tiempo fuimos felices, si bien la dicha es un estado de gracia espiritual que tiene poco que ver con la realidad objetiva. Tuvimos una hija, Adela, y nos mudamos a Salt Lake City. Un día, simplemente llamaron a la puerta del rancho donde vivíamos, y... fui reclutado por el Ejército de los Estados Unidos para una operación especial. Sin vacilar, el M. I. T. tuvo que ver con ello, hoy como en aquellos días las cabezas pensantes eran muy buscadas.

Stu calló de pronto. Básicamente, dejó de hablar como si fuese un pescador a la espera de que algo muy gordo mordiese la carnada y tirase del sedal con todas sus fuerzas. El ventanal simulaba ese pedazo de costa donde rompían las olas en un día caluroso. Del otro lado de la calle, enfrente al propio ventanal, un Chevy negro ocupaba un lugar vacío entre un camión y un deportivo alemán. Transcurridos un par de segundos, un hombre de mediana edad saltó desde el puesto del chofer; usaba gabardina negra, gafas oscuras para el sol, y lanzaba al aire densas bocanadas de humo mientras balanceaba un yesquero en su mano derecha. Nadie dudaría de que se trataba de una estampa un tanto extraña en este enclave de La Florida. Sin embargo, a estas alturas, las personas aprenden a ser cautelosas al emitir juicios de valor frente a lo que, a todas luces, era una rareza con mayúsculas.

Aquello congeló a Stu, acentuando la palidez característica de su rostro. Algunas gotas de sudor se abrieron camino pincelándole el cuello y el mentón, al tiempo que un pavor incontrolable se

adueñó de cada célula de su cuerpo. ¿Quién era aquel hombre del Chevy negro? Y más aún, ¿cuál era su relación con Stewart Lowry? Susan giró el rostro, intentando dirigir las órbitas de sus ojos a ese perdido resquicio de la calle que había impactado de una forma tan determinante a Stu. Allí, un hombre trajeado con gabardina negra se recostaba de la carrocería de un desvencijado coche con matrícula del estado de Nevada. Fumaba tranquilo, y hasta parecía que sonreía.

—¡Stu, Stu! —alzó la voz Dereck, intentando rescatar a su amigo de aquella especie de trance hipnótico—. ¡Qué ocurre, hombre!

Cuando al fin Stu pudo moverse, su porción de torta de queso yacía intacta sobre el plato.

—Amigos, debo marcharme, ¡es urgente que me vaya! Si les preguntan, no me han visto. Por fortuna, ustedes no saben nada y, mientras menos sepan, más seguros estarán. Gracias, Dereck, recuerda el hostel y, en caso de que las cosas se compliquen, los mejores mojitos los hace Almelio Calderón.

Dicho esto, Stu se levantó, lanzó una última ojeada a las mesas que lo rodeaban y, acto seguido, salió a toda carrera del restaurante al igual que el corcho de una botella de champaña recién abierta. El hombre del Chevy ni siquiera se movió un solo milímetro, parecía estar más interesado en Dereck y Susan que en el propio Stewart Lowry.

